

INFORMACION TEATRAL

“Yerma”, el poema trágico de Federico García Lorca, obtuvo un extraordinario éxito en el Español

Un poeta dramático

Tenemos un poeta dramático nuevo. Los que dudaran aún, ante “La zapatera prodigiosa”, ante “Bochas de sangre”, no podrán negarlo ahora. “Yerma” es obra de poeta, pero no sólo de poeta, como pudiera decirse hasta en son de elogio, disminuyendo—si cabe—con ello su alcance: obra de poeta dramático. De todas las opiniones que he leído u oído, me quiero quedar con una: la que reduce la acción de “Yerma” a un monólogo, alternado con unos cuantos episo-



Margarita Xirgu, excepcional intérprete de “Yerma”

dios líricos. No la creo exacta. Veo en este poema trágico una acción que se desarrolla gradualmente, con protagonista y antagonista; pero aunque sólo existiesen la protagonista y el coro, ya nos aproximaría a la tragedia en su más pura fuente originaria.

A la tragedia, en efecto. Al sufrimiento ante una fatalidad invencible—si vale la redundancia—. La tragedia del anhelo de fecundidad, el más íntimo anhelo humano, raíz de la vida, sobre el que pesa como un hado la esterilidad sin remedio. Yerma, la heroína, no ha encontrado en Juan, su marido, el hombre de su anhelo. Y su fatalidad es doble, porque a más de la negativa que le ha opuesto la Naturaleza, se halla con la que ante su espíritu levanta su firmeza moral. No es la esterilidad sola, sino la imposibilidad de lograr su anhelo, aun creyéndolo remediable. No todo es pagania en esta tragedia elemental; hay en ella un fondo positivamente cristiano, en contraste con las ansias del cuerpo, como contrastan, en el cuadro último de la tragedia, la rogativa religiosa y la mascarada impúdica en torno a la ermita de los milagros. (Desolada ésta en sus riscos como el ánimo de las implorantes, frente al torrente de “hombres solos” que el campo lanza sobre la ermita, en bacanal desenfrenada.)

Poesía en prosa y en verso

Todo en la tragedia de Lorca es poesía. Desde luego su forma. Descarnada en la prosa, partida en réplicas breves, rotundas, que podremos llamar crudas por su desnudez al decir lo que sólo se suele tolerar murmurando y en son de chanza, pero que no caeremos en la tentación de llamar naturalistas, porque son todo lo contrario. Poesía directa, varonil, no nichin de madrigal. Letra que toca a vivos fondos espirituales, y que salta fácil, vibrante de naturaleza, sin coherencia menuda, mas con alto y persistente sentido.

A ratos llega el verso, y parece como si la prosa se volviera verso, sin poder evitarlo. Yo creo que sin el verso, o con el verso reducido a prosa, la tragedia tendría el mismo valor. Pero ¿por qué se había de evitar? Uno de los medios de expresión del poeta es el verso. Y acaso éste se vea aquí a punto de convertirse en música, sin letra. Todo ello toca también a la esencia originaria de la tragedia. Para medir esta obra de nuestros días no vale la comparación con el teatro ambiente. A menos que no se piense en Ibsen (el de “Brand” y “Peer Gynt”, o en d’Annunzio y Teofmannethal con otro clima estético) o en nuestros Valle Inclán y Unamuno. Pero mejor en el teatro antiguo, y nunca en la tragedia de fórmula neoclásica.

La intervención de lo lírico—en los trozos en verso, o en el coro de las lavanderas y en la mascarada—no interrumpe la acción; la prosigue, la comenta y eleva. Todos esos pasajes líricos son eminentemente dramáticos. O digamos, si alguien lo prefiere, teatrales. Su efecto en el público del estreno fué fulminante, rotundo.

Los personajes

Aquí tenemos el personaje central: una mujer, Yerma. Casada hace años, toda su aspiración es hacia el hijo. Casada con marido bueno, es decir, bueno, según la



Pedro López Lagar, en su caracterización del personaje que interpreta en “Yerma”

norma usual: fiel, trabajador, próspero en sus bienes, y hasta enamorado, pero de la mujer sólo, sin compartir sus anhelos, vástago de una progenie avara, junto a una mujer que es retoño de un linaje pródigo en hijos. Yerma se sentirá ante él como ante la roca en que ha de estrellarse. Y cuando su pasión lo descubre en el acto de la romería, la catástrofe no puede menos de estallar. Luchará con el hombre, lo matará, matando con él al hijo, al hijo que oyó llorar una tarde, en coloquio con el que pudo ser su remedio.

Este otro personaje, Víctor el pastor, suscitado por el poeta para dibujar con trazo enérgico la figura de Yerma, como si cercara su contorno con una raya de sombra, ve ella, en su migración, una de las soluciones vulgares. Todas las que caben, no deja el autor de apuntarlas. Su trágica Yerma no aceptará ninguna, abrazada a su propio destino.

Los demás caracteres accesorios, la vieja pagana, la madre primeriza, la casadita ligera de cascos, la otra vieja sabedora de remedios, se yerguen sobre una línea de verdad, sin acentuar el carácter con pliegues y arrugas, pero llenas, evidentemente, de nativa gracia folklórica. ¿Castellana? ¿Andaluza? Póngasele cualquier acento: siempre será española.

Composición

A la idea de “Yerma”, que se desarrolla en un tiempo indeterminado, pero no concentrada en un momento ni ceñida a un lugar, corresponde la división en cuadros, como decimos ahora; seis actos breves, cortados en la representación por dos entreactos. Cada uno de esos cuadros o actos hace progresar la acción. El primero nos presenta a Yerma, confrontándola con la primeriza que ve colmados los anhelos para ella imposibles; con Juan, el marido, hosco y atenido a su deber diario; con Víctor, “el que pudo ser”. El segundo nos define el carácter en la conversación con las mujeres del pueblo, exaltando la satisfacción corporal con la vieja pagana y encaminando el drama con nuevas confrontaciones ante Víctor y Juan. El tercero es el coloquio de las lavanderas, que hace palpable la repercusión del conflicto en el pueblo. El cuarto es el hogar de Yerma, vigilado por las severas cuñadas, que lo hacen más sombrío con su mudez, sólo rota al final, cuando ella sale en busca de la rezadora, es decir, del otro presunto remedio. En este acto se ha despedido ya Víctor, que desaparece de la acción, con lo cual vemos a Yerma confinada en su propio destino. El quinto es en casa de la vieja saludadora, de donde el marido saca a Yerma, arrebatado de celos. El sexto trae el desenlace ante la ermita, como ya se ha explicado. En el tercero culmina el elemento lírico, en magnífica rea-

lización de poeta; en el cuarto, la substancia dramática, sosteniéndose los dos cuadros del acto central en vivo contraste. Los dos finales se levantan en fuerte “crecimiento”. Hay algo musical en esta manera de composición.

Representación

El teatro, lleno, como pocas veces se ha visto. Otro público, sin que falte el habitual; otro público, en el que se advierte el cansancio de lo antiguo y el afán de lo nuevo; otro público, para que los autores jóvenes lo estudien y atiendan. El éxito se esboza grandioso desde el comienzo y estalla en los momentos culminantes, no sólo al final del cuadro, sino interrumpiendo una escena. Alguna frase levanta una repulsa solitaria.

Los actores han entendido en general bien la interpretación. López Lagar, Diosdado, Pilar Muñoz, la Vigo, la Ruiz Paris, la Arriño. Guitart encaja bien su mascarón entortecido, acompañado con cierta habilidad por Carmen Collado. ¡Y cuán bien concertadas y a punto las escenas de coro! El autor, y el director artístico, Cipriano Rivas Cherif, han trabajado de veras.

Magnífico decorado de Fontanals. De una plástica sin minucias, está realizado en grande, como se ve en fondo español. Fontanals participó, con justicia, de los aplausos.

Y la suma de éstos, con el del autor, ofrecido al final de voz viva, fué a rendirse ante Margarita Xirgu. Su penetración con el personaje, al que ha dado todo su sentir, sin regatearle emoción ni esfuerzo, es tal, que raya en lo más alto del arte. Todo en ella, desde los sordos acordes iniciales hasta los arrebatos del desenlace, funde expresión y belleza en un ademán, en una palabra. He aquí la actriz que sabe llegar a todas las cumbres. Nadie irá a descubrirlo ahora. Mas conviene que lo recuerden los que la han visto en sus interpretaciones menores y tienen casi olvidada la reacción de su sensibilidad ante las obras realmente grandes, así las de sentido realista como las de pura concepción poética. Para la gran actriz española fueron los aplausos y las aclamaciones, que la saludaban como la más fiel intérprete y colaboradora del poeta dramático.

E. DIEZ-CANEDO